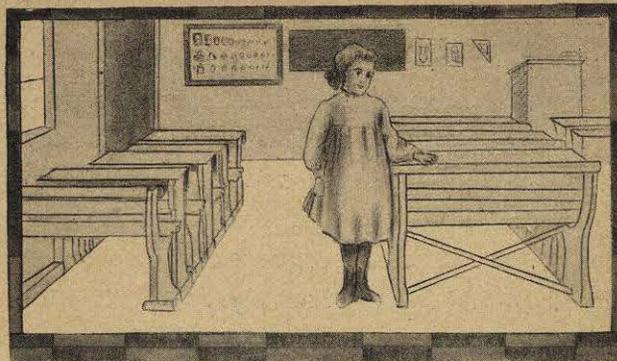


inmediato de sus actos que befas é injurias, confiesen públicamente su retorno á las creencias religiosas? ¿Y no constituye esto una prueba evidente de que, entre las ruinas acumuladas por la bancarrota sentimental, filosófica, política y social de este desastroso fin de siglo, la Fe triunfa, semejante á esas inmensas catedrales que, firmes sobre sus cimientos desde hace tantos siglos, atestiguan la fuerza invencible del cristianismo y de la Iglesia?



XVII

La Infancia y la Oración

Recientemente he sido visitado por el hijo de uno de mis mejores y más antiguos amigos, joven sacerdote que acaba de salir del Seminario de San Sulpicio y ha sido nombrado vicario de una parroquia situada en los arrabales de París.

Ardiendo en celo, el novel presbítero se felicita de ir á morar entre el pueblo, junto á la miseria, en la seguridad de hallar allí, más á menudo que en otras partes, ocasiones de ejercer su ministerio de caridad, y firmemente decidido á intentarlo todo para lle-

var á Dios tantas almas como sea posible. Pero, desde el primer día, comprende la inmensa dificultad de su tarea. Entre otras cosas me ha confesado un hecho tristísimo: tan sólo una tercera parte de los niños nacidos en su parroquia han recibido el bautismo, y forman una minoría aun más exigua los que asisten á la lección de catecismo y reciben alguna instrucción religiosa.

Así pues, no hay que forjarse ilusiones. En esa región—como en tantas otras por desgracia,—de la cristianísima Francia, desaparecerá, tal vez pronto, la religión del Crucificado.

Los que se titulan librepensadores—seguramente por antífrasis, pues no hay gente más intolerante,—pueden estar satisfechos del resultado obtenido en veinte años. No hace más tiempo, si la memoria no me engaña, que el crucifijo quedó definitivamente suprimido del «material escolar», según el sacrílego chiste de no sé qué elevado funcionario de cierto municipio, siendo substituído por el cuadro de pesas y medidas, objeto por demás superfluo, ya que casi todos los niños de la escuela pública han de enterarse muy pronto, con la práctica, de lo que es un litro.

En cuanto al catecismo, nadie ignora que ha sido proscrito de la escuela, como anacrónico legado del fanatismo y la superstición (estilo demócrata), y que, en lugar del libro reaccionario en el cual se habla tan sólo de virtudes que practicar y deberes que cumplir, han

sido profusamente repartidos unos libritos manuales, destinados á instruir en el conocimiento de sus derechos á los jóvenes ciudadanos, cuando apenas saben sonarse todavía. He hojeado por curiosidad alguno de esos opúsculos y confieso que, en su mayoría, me han parecido sumamente ridículos.

En uno de ellos, al pie de un grabado que representa á un ricacho, arrellanado en su coche, junto á un peón caminero ocupado en el arreglo de la carretera, he leído estas palabras: «Ante el sufragio universal, el Sr. N, á pesar de su fortuna, no es superior al peón caminero.»

Esta lección de cosas me ha hecho reflexionar. Yo sé muy bien que después que uno y otro hayan votado libremente, supongámoslo así, el burgués seguirá gozando de sus rentas y el peón caminero volverá á machacar piedra como antes; y me he preguntado si no anda más acertado el viejo catecismo, que también establece la igualdad del Sr. N y del obrero ante la muerte, y además aconseja al primero que sea caritativo é inculca al segundo la resignación, combatiendo en el uno el egoísmo y el orgullo y en el otro la envidia y la rebeldía, para de este modo traer á este bajo mundo un poco de la dicha y la justicia que promete para el otro.

Temo mucho que estas reflexiones parezcan inoportunas y escandalosas á los inspectores provinciales de enseñanza, que van á caza de catecismos en las es-

cuelas, como podrían hacerlo de los libros obscenos. Casi todos son francmasones que han llevado el mandil y han visto «la luz de la tercera estancia», y penetrado, al parecer mejor que los humildes cristianos, en los misterios de la vida y del destino humano. Pero como la cólera de esos inquisidores de nuevo cuño me tiene sin cuidado, no veo razón alguna para no denunciar los estragos causados en las clases populares por esta enseñanza laica que quiere titularse neutra, siendo en realidad hostil á toda idea cristiana.

Estos estragos son terribles, y los datos que me ha procurado mi amigo el vicario no pueden ser más desconsoladores. Sí, es en verdad vergonzoso pensar que en uno de los barrios más miserables de París, allí donde los beneficios de la religión son más necesarios, dos terceras partes de los niños ignoran por completo el nombre de Dios y no han pronunciado nunca una oración.

De todos los espectáculos que puede ofrecer el género humano, ¿hay alguno más conmovedor, más suave y atractivo, que un niño que reza? Su madre le ha puesto de rodillas sobre su camita, le ha hecho juntar las manecitas y le enseña á pronunciar, una á una, las palabras de una breve oración; ésta será, por ejemplo, si es muy pequeño, la exclamación ingenua: *¡Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía!* ó, si es mayorcito, el sublime *Padre Nuestro* y *Ave María*.

Por la mañana, el niño levanta su carita al cielo



azul, cuya pureza se refleja en el cristal inmaculado de sus ojos; y por la noche, á la velada luz de la lámpara, en la alcoba templada y tranquila, parece que un ángel asiste, oculto en las sombras, á la deliciosa escena, para dar testimonio en el Paraíso de este adorable acto de fe.

Sin duda, el niño no comprende todavía las palabras sagradas que pronuncia, pero sabe que su madre se complace en oírse las repetir; la mira sonriente, echando de ver que sus caricias son más tiernas; y junto á este corazón que late, junto á este seno tibio, respirando esta atmósfera de amor y de piedad, se despierta en su alma el instinto religioso. En cuanto á esta madre feliz, no hay en su vida instante más dulce que aquel en que presenta ante Dios á su niño medio desnudo, envuelto en la tenue camisilla, con las manos juntas y arrodillado en su pequeña cama. ¡Qué inmensa dicha rezar con él, por él y para él! No siente en tales instantes este respetuoso temor que nos inspira á veces la Divinidad. Su corazón rebosa de abandono y confianza, porque está segura de que Dios oirá las plegarias que balbucea una boca tan pura, y no duda que Aquél, en quien residen la Fuerza infinita y la Ciencia absoluta, se sentirá conmovido por tanta inocencia y debilidad. Además, en el cielo hay una Madre, la Virgen Santísima, que es fuente de toda gracia y sabrá obtener lo que le pide otra madre por medio de su hijo, cándido y puro.

Sí, sois de seguro muy agradables á Dios y os eleváis como una nube de incienso hacia la gloria, oh plegarias de todos los cristianos, himnos litúrgicos de los sacerdotes, tempestuosas armonías con que los órganos hacen vibrar las inmensas naves de las catedrales, coros de los peregrinos que, al encaminarse á algún santuario, hacéis resonar los ecos de las montañas, sollozos de los desdichados, llanto de los arrepentidos, palabras ardientes del monje y la religiosa, extáticos en sus celdas,... sí, todos subís hasta el trono del Eterno. Pero El ante todo es Padre; y entre el inmenso y eterno rumor de tantas voces que le alaban y bendicen, seguro estoy de que oye con especial ternura las sencillas y casi inconscientes oraciones de los niños, que se confunden como el gorgceo de una inmensa multitud de pajarillos.

El hombre que en la niñez aprende á rezar, no lo olvida jamás. Las pasiones y las luchas de la vida, las rebeldías de la razón y de los sentidos, podrán conducirle á la incredulidad y aun á los peores excesos de la negación y la blasfemia. Pero un resto de fe infantil queda siempre en el fondo de su alma, como los caracteres del primitivo manuscrito en el pergamino de un palimpsesto. Llega la hora de prueba, la hora de un gran dolor, físico ó moral... ¡Ah! ¡cómo se acuerda en seguida el hombre maduro del día ya lejano en que, arrodillado en la cuna, sentía en sus mejillas el calor del rostro de su madre, que le enseñaba el *Padre*

Nuestro y el *Ave María!* Y entonces, probablemente, sentirá que su orgullo se derrumba, cubrirá su rostro con las manos y lanzará ese grito, tan propio de toda boca humana: ¡Dios mío, tened compasión de mí!

Este grito, para un alma que naufraga—lo sé por experiencia propia,—es el faro que brilla en las tinieblas, junto al puerto de salvación.

Por esto me indigno contra los malhechores que con inconcebible demencia pretenden—ellos mismos han inventado la palabra—*descristianizar* á Francia. Es indudable que no lo conseguirán, porque la Iglesia tiene aquí fundamentos inmovibles; sus períodos de progreso y de decadencia son movimientos de flujo y reflujo, y en estos momentos parece que la marea sube. Pero ¿hay algo más indigno que robarle al pueblo la oración y la fe? Porque los humildes, los sencillos de corazón, creen y rezan fácilmente; es más: esto constituye uno de sus privilegios. Ellos encuentran en la religión, mejor que nosotros en quienes retoña siempre la mala hierba del orgullo, un refugio y un consuelo en las tristezas de la vida. Mas ¡ay! á estas horas el mal está ya hecho, se agrava diariamente, y nos esperan algunas generaciones de infelices entregados á la desesperación y á la rebeldía.

¿Cómo no temblar ante un porvenir semejante, y cómo no indignarse, sobre todo, al pensar que muchos de los que contribuyen á esta obra funesta no lo hacen de buena fe, y que algunos políticos burgueses, dis-

puestos á votar todo lo que se quiera para arrojar á Dios de las escuelas, se incomodarían si sus mujeres é hijas abandonasen todas las ideas y prácticas religiosas?

Quiera Dios que el horrible hecho que hoy he señalado—esa multitud de niños sin bautismo, sin sombra de religión,—haga reflexionar un poco á estos hombres; y si alguna noche, en la intimidad del hogar, se enternecen ante el cuadro solemne y tierno de su mujer que enseña el *Padre Nuestro* al chiquitín de la casa, avergüéncense de su hipocresía y piensen con horror que han ayudado á robar este pan del alma á muchos infelices.

